



LUIS XVI.

dirigir sus miradas hácia la Francia. El foco de luz de las ideas del mundo partía de aquel punto, deslumbrándolo todo con su brillo centelleante. La autoridad moral del espíritu humano no existía ya en Roma, porque el movimiento, la luz y la dirección salían de París, de suerte que la Europa intelectual era francesa. Había entónces y habrá siempre en el carácter francés cierta cosa más fuerte que su poder, que es su ardor, y ese espíritu de comunicación que se hace atraer y ser atraído por los demás pueblos de Europa. El del español es altivo y amigo de lances, el del inglés, astuto y soberbio, el del alemán, profundo y severo; pero el francés es esencialmente bullicioso y amigable, lo cual constituye su fuerza: seduce con la misma facilidad que se deja seducir, y así como las demás naciones no tienen sino un carácter, los franceses tienen dos, por la inclinación que hay en todos ellos á acometer empresas que para los demás serían imposibles. Cuando la Providencia quiere que una idea se esparza por todo el mundo, se la inspira á un francés, y éste la transmite inmediatamente á sus escritos, y en todos los demás actos de su vida pública y áun privada.

Esta cualidad comunicativa del carácter de esta raza, esta atracción francesa que aún no había alterado la ambición de conquistar, era entónces el signo precursor del siglo. No parece sino que un instinto providencial hacía que la Europa fijase la atención y dirigiese sus miradas hácia esta parte del globo, como si el movimiento y las luces no pudiesen partir de otro punto. París era la ciudad en donde estaban fijadas las miradas de todos, y las cosas que allí pasaban, por insignificantes que fuesen, se repetían y comentaban en todos los demás puntos de Europa. La literatura era el vehículo de la influencia francesa, y ántes de contar con héroes, contaba la monarquía intelectual con sus escritos, sus libros y sus teatros. Conquistadora por inteligencia, la imprenta era su teatro.

IX

Los partidos en que se hallaba dividido el país después de la muerte de Mirabeau eran: fuera de la Asamblea, la corte y los jacobinos; en la Asamblea, los lados derecho é izquierdo, partidos extremos y enemigos encarnizados: entre estos partidos existían otros dos, de los cuales el uno era fanático por las innovaciones, y el otro por resistirlas. Había además otro partido intermedio, que se componía de los hombres de bien y amantes de la paz, que estaban afiliados en los otros dos de que acabamos de hablar. Su fe política, indecisa entre la revolución y la conservación, habría querido que la una conquistase sin violencia, y que la otra cediese sin darse por resentida. Estos hombres eran los verdaderos filósofos de la revolución; pero la época de la filosofía había pasado, y había sonado ya la hora de la victoria. Las dos ideas en presencia una de otra para disputarse el campo, necesitaban campeones y no jueces, y aplastaban á estos hombres al chocar entre sí. Vamos ahora á hacer conocer los principales jefes de todos los partidos, ántes que los veamos obrar.

Luis XVI tenía entónces treinta y siete años: su fisonomía, la de todos los Borbones, si bien sus facciones eran más abultadas por la sangre alemana que había recibido de su madre, princesa de la casa de Sajonia. Tenía ojos azules y rasgados, no tan vivos como claros y hermosos. Su frente ovalada y espaciosa, la

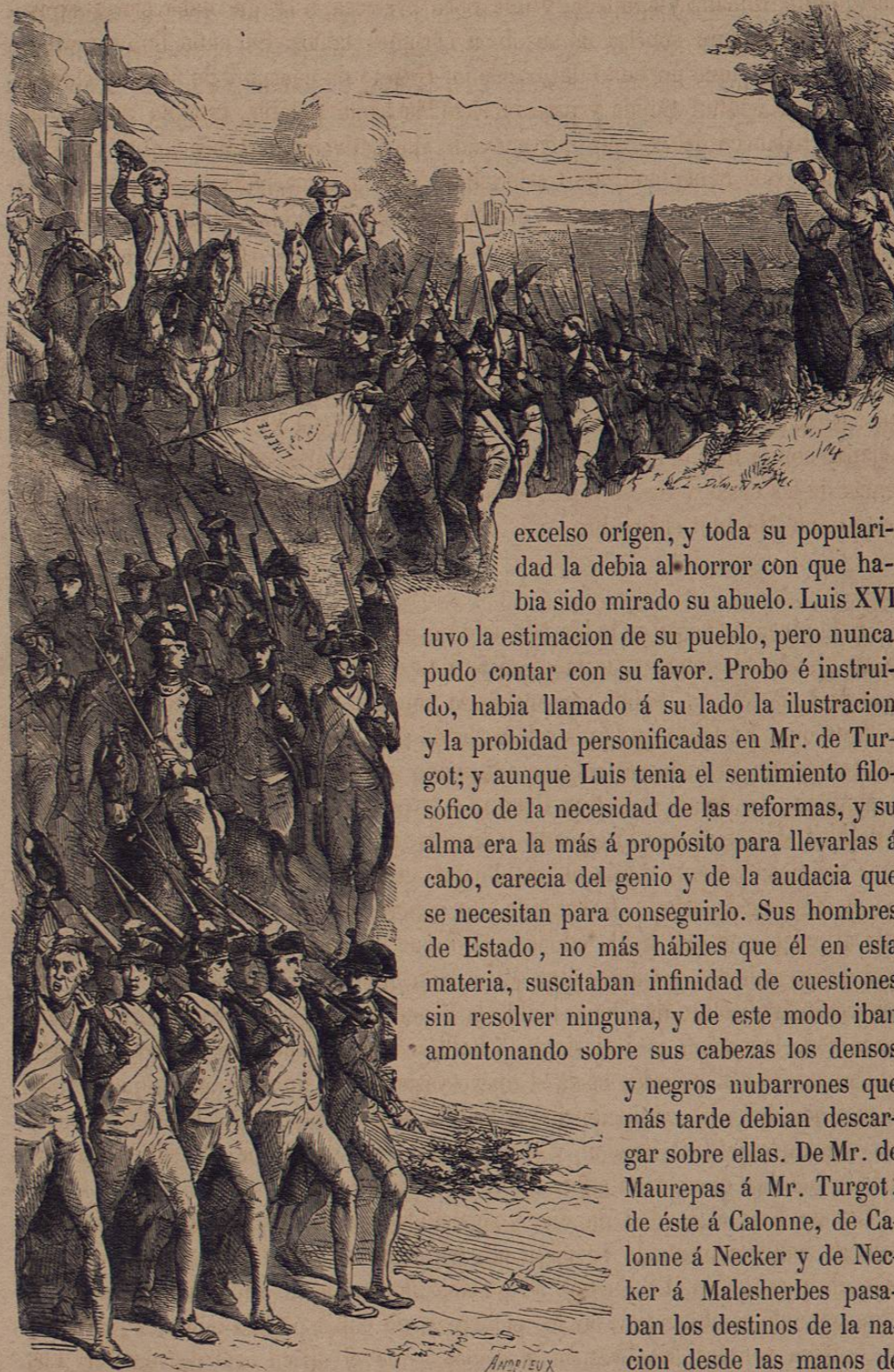


nariz entre romana y aguileña, y una boca graciosa, á la que daba cierta expresion la encantadora sonrisa de sus bien cortados labios. Su cútis fino y de hermoso color, aunque un tanto desmazelado. Grueso de cuerpo y de no muy elevada estatura, de actitud tímida y paso incierto, le hacía notable, estando parado, un inquieto balanceo del cuerpo, que apoyado alternativamente sobre ambas caderas, bien fuese por haber contraído este hábito por la impaciencia que domina á los príncipes en las largas audiencias, ó bien por cualquiera otra causa, indicaba exteriormente la fluctuacion continua de su ánimo indeciso é irresoluto. Descubriase en su semblante una expresion de bondad, que no siempre conviene á los reyes, que predisponia tanto á la burla como á la veneracion, y de la cual supieron valerse sus enemigos con una habilidad impía para hacer ver al pueblo en la fisonomía del monarca el símbolo de los vicios que querian achacar á la dignidad de que estaba revestido. En resumen, la persona de Luis XVI ofrecia bastante semejanza con la fisonomía imperial de los últimos Césares en la época de la decadencia de las cosas y de las razas. A la dulzura de Antonio reunia la obesidad de Vespasiano. Hé aquí el hombre.

## X

Este jóven príncipe se habia educado en una separacion completa de la corte de su abuelo, de suerte que la atmósfera pestífera que habia infestado todo el siglo de Luis XV, no habia emponzoñado con sus venenosos hálitos al heredero de la corona. En tanto que Luis XV hacía de su corte un centro de prostitucion y envilecimiento, su nieto recibia una educacion esmerada en un rincon del palacio de Meudon, en donde maestros ilustrados y piadosos le imbuian el respeto que se debia á sí propio por su elevada jerarquía, un saludable terror al trono y un amor religioso y tierno hácia el pueblo que estaba destinado á mandar. Parecia que el alma de Fenelon, atravesando dos generaciones de reyes, se habia trasladado al palacio en que habia educado al duque de Borgoña, con el solo objeto de inspirar las mismas máximas á su jóven descendiente. El inmediato sucesor del monarca más disoluto que haya tenido la Francia, era quizá lo más puro que habia en toda la nacion, y si el siglo no hubiese sido tan corrompido como el rey, hubiera vuelto sus miradas hácia el nuevo vástago y le hubiera ofrecido el tributo de su amor. Pero la corrupcion habia llegado á tal extremo, que la pureza no era más que un objeto de irrision, y el pudor no infundia sino el más alto desprecio hácia el hombre que estaba adornado de esta virtud.

Casado Luis á la edad de diez y seis años con una hija de María Teresa de Austria, habia continuado hasta su advenimiento al trono en una vida aislada, tranquila y estudiosa. La Europa se hallaba aletargada en una paz vergonzosa, y la guerra, que es el ejercicio de los príncipes, no habia podido poner al jóven rey en contacto con los hombres, ni aleccionarle en el difícil arte de mandar. Los campos de batalla, que son el teatro de estos grandes actores, no le habian proporcionado ocasion de ponerse en evidencia ante su pueblo, ni de desplegar esos conocimientos estratégicos, tan necesarios, sobre todo, á un rey de Francia, nacion belicosa y capaz de perdonar los mayores defectos en sus príncipes, con tal que se hallen adornados de esas dotes militares que el frances venera como una deidad. Ningun prestigio habia en el nuevo rey, á excepcion del que le daba su



La federacion (1790).—Pág. 33.

excelso origen, y toda su popularidad la debia al horror con que habia sido mirado su abuelo. Luis XVI tuvo la estimacion de su pueblo, pero nunca pudo contar con su favor. Probo é instruido, habia llamado á su lado la ilustracion y la probidad personificadas en Mr. de Turgot; y aunque Luis tenia el sentimiento filosófico de la necesidad de las reformas, y su alma era la más á propósito para llevarlas á cabo, carecia del genio y de la audacia que se necesitan para conseguirlo. Sus hombres de Estado, no más hábiles que él en esta materia, suscitaban infinidad de cuestiones sin resolver ninguna, y de este modo iban amontonando sobre sus cabezas los densos y negros nubarrones que más tarde debian descargar sobre ellas. De Mr. de Maurepas á Mr. Turgot, de éste á Calonne, de Calonne á Necker y de Necker á Malesherbes pasaban los destinos de la nacion desde las manos de un intrigante á las de un hombre honrado, de las de éste á las de un banquero, y de las del hombre de la Bolsa y de los agios á las de un filósofo, reemplazando muy mal el espíritu sistemático y de charlatanismo al verdadero espíritu de gobierno. Dios, que habia concedido á la Francia tantos hombres de movimiento en esta época, la habia negado un hombre de Es-



tado, y todo se volvian promesas y engaños. La corte se quejaba, la nacion empujaba á tascar el freno con impaciencia, y las oscilaciones populares presentaban todos los síntomas de una convulsion espantosa. La Asamblea de los notables, la convocacion de los Estados generales y la Asamblea nacional, todo habia fracasado en las manos inexpertas del rey, naciendo de sus buenas intenciones una revolucion más ardiente y furiosa que la que hubieran podido producir sus vicios y aún sus crímenes, caso que hubiese sido capaz de cometerlos. En la época de que estamos tratando, se hallaba el rey con la revolucion fraccionada y pronta á combatir frente á frente en la Asamblea nacional, y sin un hombre en su consejo que fuese capaz de resistirla ni aún de comprenderla. Los espíritus verdaderamente fuertes preferian ser ministros populares de la nacion, á servir de escudos en donde se embotasen los dardos que se asestaban contra el rey en el momento de que hablamos.

## XI

Mr. de Montmorin era adicto al rey, pero no tenia crédito en la nacion. El ministerio ni tenia la iniciativa, ni sabía resistir: la iniciativa era de los jacobinos, y el poder ejecutivo residia en las turbas amotinadas. El rey se habia quedado sin órganos por donde transmitir al pueblo su voluntad, y deposeido de sus atribuciones y sin fuerzas con que poder contar, pesaba sobre él solo toda la odiosa responsabilidad de la anarquía. Todos los partidos le habian elegido por blanco adonde dirigian los tiros del odio y del furor popular, y sólo tenia el funesto privilegio de que recayesen sobre él las acusaciones y acriminaciones de todos. Mientras Mirabeau, Barnave, Petion, Lameth y Robespierre atacaban elocuentemente al trono desde la tribuna, multitud de libelos infames y de periódicos sediciosos le presentaban como un tirano mal encadenado, que se embrutecía entregándose al vino, que obedecia ciegamente los caprichos de una mujer envilecida por la prostitucion y que conspiraba desde un rincon de su palacio en union de los enemigos de la patria. Lleno del siniestro presentimiento de una caída rápida y próxima, la virtud estoica de este príncipe era suficiente á la tranquilidad de su conciencia, pero no bastaba para hacerle tomar una resolucion que pudiera salvarle. Al salir del Consejo de ministros, donde desempeñaba lealmente las funciones constitucionales de su papel, buscaba inspiraciones saludables, ya en la amistad de ciertos servidores fieles adictos á su persona, ya en las conversaciones de sus mismos enemigos, admitidos algunas veces furtivamente á sus más íntimas confidencias. Sucedianse los consejos á los consejos en los oídos del príncipe, así como se sucedian sus resultados en los actos contradictorios que ejecutaba. Sus enemigos le sugerian concesiones, prometiéndole en premio de ellas una popularidad que se le iba de las manos en cuanto aquéllos querian entregársela. La corte le aconsejaba usar de una fuerza que ella no tenia sino en sueños, la reina queria inspirarle el valor de que estaba dotada, los intrigantes querian que se valiese del soborno para atraer á sus enemigos, y los tímidos le suplicaban con las lágrimas en los ojos que buscarse la salvacion en la fuga. El rey adoptaba alternativamente todos estos medios, pero ninguno de ellos era ya eficaz, porque habia pasado el tiempo de tomar resoluciones útiles. La crisis era inevitable, y era preciso elegir

entre la vida y el trono; tratando de conservar estas dos cosas, era claro que tenia que perderlas ambas.

Cuando nos colocamos mentalmente en la posicion que ocupaba Luis XVI, y nós preguntamos á nosotros mismos por qué medios hubiera podido salvarse, buscamos inútilmente y no damos con ninguno que sea suficiente á conseguirlo. Hay ciertas circunstancias en la vida del hombre que enredan de tal suerte la madeja del hilo de sus dias, que, sea cual fuere la resolucion que tome para desenredarla, tiene que renunciar á ello y sucumbir, cediendo á la fatalidad del destino, que le arrastra á sufrir el castigo de sus faltas ó de sus virtudes. Luis se hallaba en este caso. Toda la impopularidad del trono en Francia, todas las faltas de las administraciones precedentes, todos los vicios de los reyes sus antecesores, todas las infamias de la corte, y todas las quejas de los pueblos se habian aglomerado, por decirlo así, sobre su cabeza, y habian marcado su inocente frente como un objeto de expiacion á los males de muchos siglos. Las épocas tienen sus sacrificios como las religiones, y cuando quieren renovar una institucion que no les conviene, amontonan sobre el hombre en quien esta institucion se halla personificada todo cuanto tiene de odioso y vituperable, haciendo de él una víctima que sacrifican á las exigencias del tiempo. Luis XVI era esta víctima inocente, cargada, sin embargo, con todas las iniquidades de los tronos, y que tenia que ser inmolada en castigo de los crímenes que no habia cometido. Hé aquí el rey.

## XII

El carácter de la reina formaba un contraste singular con el de su esposo, y parecia criada por la naturaleza para inspirar el interes y la compasión de los siglos venideros por el papel que le tocó en uno de esos dramas de Estado que son incompletos cuando no los desenlaza el infortunio de una mujer. La hija de María Teresa habia nacido en la época borrascosa de la monarquía austriaca, y era hermana de aquel niño que la emperatriz llevaba de la mano cuando se presentó en actitud suplicante ante sus fieles húngaros, obligando con esta accion á las tropas á que gritasen: «¡Muramos por nuestro rey, María Teresa!» Tambien su hija tenia corazón de rey... A su entrada en Francia, la deslumbró por su belleza, que entónces estaba en todo su esplendor. Era alta y de esbelto talle, como una verdadera hija del Tirol. Los dos hijos que tuvo, léjos de ajar su beldad, habian contribuido á darle cierta expresion de majestad maternal, que sienta muy bien á la persona que es mirada como madre de todo un pueblo. El presentimiento de sus desgracias, el recuerdo de las trágicas escenas de Versalles y las inquietudes cotidianas habian marchitado un poco la frescura de su rostro, que habia palidecido algun tanto. La dignidad natural de sus maneras no quitaba nada á la gracia de sus movimientos, y su hermoso cuello, que se elevaba con elegancia sobre unos hombros tan hermosos como él, conservaba esas magníficas inflexiones que dan tanta expresion á la actitud de la persona. Adivinábase la mujer bajo el exterior de la reina, y la ternura del corazón bajo la majestad de la suerte. Sus largos cabellos eran rubios y sedosos, y su frente, elevada y un tanto saliente, iba á unirse con gracia á las sienes, formando un conjunto que manifestaba en lo exterior el gran fondo de su inteligencia. Sus ojos de un azul claro recordaban



el cielo del Norte ó las aguas del Danubio, y su nariz aguileña, con sus ventanillas bien rasgadas y un poco abultadas, indicaba el valor de que estaba dotada. Tenia el rostro ovalado, y su fisonomía era viva, expresiva y apasionada. A todos estos atractivos unia un alma sedienta de afecciones, un corazón fácil de conmoverse y una sonrisa entre bondadosa y altiva, capaz de captarle muchos amigos, si no hubiese estado llena de dignidad y no hubiese sido extraña á todo lo que huele á coquetismo ó falta de decoro. Hé aquí el retrato de María Antonieta como mujer.

## XIII

Esto basta para hacer feliz á un hombre y para ser el ornato de una corte; pero para inspirar á un rey irresoluto y salvar el Estado en las difíciles circunstancias que atravesaba no era suficiente. Mucho hubiera convenido que la reina hubiese conocido el difícil arte de gobernar, pero por desgracia, su inteligencia era nula en esta materia. Por otra parte, no podia tampoco estar preparada para dar direccion á las fuerzas desordenadas que se agitaban á su derredor, porque, víctima de la desgracia desde poco despues de su enlace con el rey, no habia tenido tiempo de reflexionar en los medios de defensa. Acogida con entusiasmo por una corte pervertida y por una nacion fogosa, creyó sin duda que aquellos sentimientos hácia ella serian eternos; razon por la cual se adormeció en las delicias y disipaciones de Trianon.

Cierto es que María Antonieta habia percibido los primeros rugidos de la tempestad, pero no lo es ménos que no habia creido en el peligro, y que habia confiado en el amor que se le tenia, al que ella correspondia por su parte. La corte se habia hecho exigente, y la nacion se presentaba en ademan hostil. Instrumento esta desgraciada señora de las intrigas de los cortesanos para influir en el ánimo del rey, habia favorecido al principio y combatido más tarde todas las reformas que podian prevenir ó aplazar las crisis. Su política era una manía, y su sistema entregarse á discrecion en manos de todos cuantos le prometian salvar al rey. El conde de Artois, príncipe jóven y de maneras caballerescas, habia adquirido un gran ascendiente sobre su corazón; pero este príncipe confiaba en la nobleza, hablaba continuamente de su espada, y se burlaba de la crisis, despreciando altamente todo aquel ruido de palabras, y formando cábalas contra los ministros que hacian imposible toda transaccion. Ebria la reina en las adulaciones de este consejero íntimo, inducia á su marido á recobrar hoy lo que habia dado ayer, y su mano se hacía conocer en todos los actos contradictorios del gobierno. Su cámara era el foco de una conspiracion permanente contra todo lo nuevo; de modo que la nacion llegó á notarlo, y empezó á aborrecerla desde aquel instante. El pueblo la miró desde entónces como el principal agente de una contrarrevolucion inminente, y dispuesto á calumniar á todo lo que puede causarle temor, empezó á pintarla como una Mesalina en odiosos é innumerables libelos. Mil rumores infames sobre su conducta privada circularon bien pronto de boca en boca, y se contaron de ella las más escandalosas anécdotas. Con razon pudieron acusarla de ternura; de depravacion, jamás. Bella, jóven y adorada, si no fué siempre insensible á los sentimientos que inspiraba, al ménos nunca dió el menor escándalo.